

---

---

## TRES FUNDAMENTOS PARA NUESTRO PENSAMIENTO

Cada vez que pensamos, deseamos darle solidez a nuestro pensamiento, basándonos en algo anterior, que consideramos más seguro.

¿Cómo podemos estar seguros de que tenemos fundamento para pensar lo que pensamos? ¿Podemos dar cuenta de nuestros puntos de partida?

Intentaré dar respuesta a estas interrogantes exponiendo tres actitudes corrientes frente al problema de fundar nuestro pensamiento.

### La concepción atlántica del mundo

No me interesa aquí discutir algo acerca de la NATO, ni tampoco es mi tema propiamente la cultura europea. Ni siquiera tiene referencia directa este título con el océano que lleva ese nombre. La concepción a la que me estoy refiriendo tiene más bien que ver con Atlas, también llamado Atlante, gigantón que según contaban los griegos, llevaba la Tierra entera sobre sus hombros y su nuca. A decir verdad, lo que originalmente sostenía Atlas con su cuerpo era el cielo. El cielo o firmamento era, en efecto, una bóveda inmensa que cubría la Tierra, y no se caía por la acción poderosa de los brazos del Atla. Pero cuando el cielo dejó de ser concebido como firmamento, los geógrafos representaron a Atlas cargando la bola del mundo.

La pregunta que no se hicieron los griegos fue que, si el cielo necesitaba apoyo para no caerse, cómo es que la Tierra no lo necesitaba, o en dónde era, pues, que ésta última se apoyaba. En la visión de los cartógrafos y geógrafos la pregunta es todavía más urgente. Si fuéramos a ser lógicos, habría que buscarle un apoyo a los pies del Atlas, y luego un apoyo a ese apoyo, y estaríamos en el cuento de nunca acabar.

Cada vez que pensamos, sustentamos nuestra idea con razones. Las razones que damos, las apoyamos en otras razones, hasta que se nos acaban. ¿Por qué tantas razones? ¿Qué nos impele a razonar y a sustentar unas razones con otras? La razón es que

pensamos que lo que le da peso a nuestro pensamiento es la Razón. Pero si algún curioso pregunta por qué la Razón da peso a lo que pensamos, ése está ya buscando el fundamento de la Razón misma. Es decir, está preguntando ya por la noción de Razón. Razón, para muchos, quiere decir fundamento. Y la Razón es el fundamento de nuestro pensamiento (por lo menos de una parte importante de él: aquella que nos puede alcanzar, decimos, la impresión de certeza). Cuando estamos ciertos de lo que pensamos, tenemos la impresión de que, como Atlas, nuestros pies están firmemente apoyados en algo sólido, inmovible.

Aquí volvemos a Atlas. ¿No resulta que, para sostener la Tierra, este titán, en última instancia, está sólidamente apoyado... en la misma Tierra? Así, el que, con la Razón, trata de encontrar un fundamento en la Razón, podemos decir que tiene una concepción atlántica del Mundo. Solemos estar orgullosos de tener una concepción atlántica del Mundo, aunque -como el pavorreal- nos avergonzamos si nos miramos a los pies...

### La concepción astronáutica del mundo

Una alternativa a la concepción atlántica del Mundo es... lo que yo llamaría la concepción astronáutica del Mundo. Derivo esta expresión de la imagen, relativamente nueva, en que vemos a los astronautas flotar vagamente, algo al azar, dentro de la cabina de su nave espacial. Si no están totalmente a la deriva en un espacio que se nos antoja infinito, es porque se dan de cabezazos contra las paredes de la nave. La concepción astronáutica del Mundo es mucho más vieja que los astronautas y las astronaves. De hecho, parece ser mucho más vieja que la misma concepción atlántica. Desde siempre sobrecoge al Hombre la impresión de que no tiene un apoyo firme desde el cual examinar la sorprendente realidad. Miramos con estupor al Mundo sin acabar de comprenderlo. Si nos desvariáramos totalmente, es

porque, como los astronautas en su cabina, nos topamos frecuentemente con las imposibilidades físicas. Los astronautas se amarran a menudo con una cuerda que les impide darse muchos golpes contra la nave. Para salir de la nave usan también esa cuerda que los mantiene unidos a la inercia de la nave. También en nuestra mente, bajo el imperio de la concepción astronáutica del mundo, tenemos una cuerda similar. Se llama la sensatez. No tiene explicación, pero la gente sensata se da cuenta de cómo flotan a la deriva los que no tienen esta cuerda mental, que también se llama el sentido común. Unos declaran que “el sentido común es el menos común de los sentidos”. Se enorgullecen de algo que no tiene sentido, de algo que los amarra, pero que no es en verdad un sólido apoyo. Porque de hecho, el sentido común no parece haber llevado a nadie a ninguna parte verdaderamente interesante. Los Quijotes que han bendecido al mundo con su existencia carecían precisamente de sentido común. La creatividad, el genio, lo radicalmente novedoso, son cosas que poco o nada tienen que ver con el sentido común. Este último es más bien un andador, como el de los infantes, para los que son todavía inexpertos en el arte de caminar por las vías infinitas del pensamiento.

### ¿Un dilema insalvable?

¿Y entonces, qué? ¿Estaremos condenados, como Odiseo, a navegar peligrosamente entre Escila y Caribdis? Creo que no. Eso hizo Odiseo, y por una vez navegó con suerte, sin caer en las garras de ninguno de los dos monstruos; pero algo más sensato hizo otro héroe. Cuenta Virgilio en el segundo libro de la Eneida que cuando el piadoso Eneas visitó al profeta Heleno, fundador de una nueva Troya, hermano menor de Héctor y dichoso marido de la viuda de éste -la incomparable Andrómaca- el vate le aconsejó no aventurarse por el peligroso estrecho que tiene a cada lado uno de estos dos monstruos con encantadora voz de sirena. Para Virgilio éstos personificaban los escollos del estrecho de Messina, entre la punta de la bota de Italia y la cercana isla de Sicilia. Debía Eneas, en su inquebrantable deseo de llegar a la Tierra de la Tarde, la mítica Hesperia, la fabulosa Italia, dar la vuelta por otro lado, contornear la isla de Sicilia y surcar desde allí las aguas del

Tirreno en busca de las bocas del Tíber. Esta “tercera vía” realmente condujo a Eneas a la deseada Tierra Prometida, aunque no sin poner en peligro su comitiva, no sin destruir su propio corazón y el de Dido, no sin perder el tesoro inapreciable de la vida de su padre. Vuelvo a mi pregunta: como Odiseo entre Escila y Caribdis, ¿habremos de escoger necesariamente entre la concepción atlántica y la concepción astronáutica de la vida? ¿Será inevitable arrostrar al naufragio de nuestro pensamiento sea en el escollo de la petición de principio (dar por sentado lo mismo que hemos de demostrar), sea en el bajío de la incompreensión (renunciar a una explicación coherente)? En general, no soy muy creyente en posiciones “terceristas”, pero me parece imprescindible ahora explorar el sentido de la concepción giroscópica del mundo, que trata de salvar las deficiencias de las dos concepciones alternativas aquí examinadas.

### La concepción giroscópica del mundo

Cuando era joven estudiante, mi maestro de física me puso en las manos un pequeño aparato que tenía en su centro una rueda a la que previamente imprimió un rápido movimiento giratorio. -!Trata de cambiar la posición del eje de la rueda, moviendo el aparato como quieras!— me dijo. Obedecí, pero a pesar de la pequeñez del aparato, el eje presentaba una resistencia increíble a cambiar de posición. -Esto es un giroscopio- dijo entonces el maestro.

No hace tanto tiempo que se conocen los giroscopios. Hasta la misma palabra es de invención relativamente reciente. Según el diccionario de la Académica, en español se puede decir giroscopio o giróscopo. Fue el físico Juan Bernardo León Foucault quien acuñó la palabra en el pasado siglo para referirse a una rueda, o disco, atravesada perpendicularmente en su centro por un eje, el cual está fijado a un aro, de forma que el disco pueda girar libremente sobre su eje. El aro a su vez, está fijado a un segundo aro más amplio por pivotes situados en una dirección perpendicular al eje del primero. En algunos casos, este segundo aro está fijado a un tercero, similarmente en forma perpendicular a los pivotes del segundo aro. Claro que el tercer aro tiene que estar sujeto a algún sostén o pie, para que pueda colocarse el giroscopio sobre una mesa o sobre el suelo.

Cuando se imprime una fuerte rotación a la rueda así montada en el giroscopio, el eje de la rueda mantiene su dirección, por más vueltas que se le haga dar al aparato, tomándolo por su pie. Eso quiere decir que la parte de adentro del giroscopio adquiere un movimiento y una dirección independientes de los giros que dé la mesa, o el barco en que esté la mesa, o el planeta Tierra en donde está el barco, de modo que ese eje apunta siempre hacia el mismo lado, con la misma inclinación. Las aplicaciones del principio del giroscopio han sido importantísimas para mejorar la navegación marina, la estabilidad de los barcos, y la navegación aérea. En este último caso, por ejemplo, el giroscopio puede indicarle al piloto, aun en medio de la niebla, si el aparato está inclinado de nariz o de cola, si está ladeado hacia la izquierda o hacia la derecha. En cuanto a los barcos, después de inventado el giroscopio, éste se instaló en los más lujosos o los más modernos. Su fuerza era tan grande que la presencia del giroscopio funcionando lograba disminuir poderosamente los viavenes a que las olas sometían el barco, pero para ello se necesitaba un giroscopio relativamente grande y pesado. Por eso, los grandes giroscopios fueron sustituidos después por otros pequeños que no intentan estabilizar con la propia fuerza generada por el aparato, sino que el pequeño giroscopio está conectado ahora a escalas graduadas, y por este medio "avisa" de las desviaciones, las cuales son automáticamente corregidas por servomotores.

Esta elemental descripción del giroscopio explica por qué hablo de una concepción giroscópica del mundo, en contraposición a las concepciones que en un párrafo anterior llamé las concepciones atlántica y astronáutica del mundo. El giroscopio apunta a una dirección escogida, independientemente de las "vueltas que dé el mundo". Tiene además un movimiento propio, que no depende de ningún otro movimiento. Los físicos dirían que no se compone con otras fuerzas en una resultante. Si nuestro espíritu tuviera la misma cualidad -la de fijar su propia dirección, la de generar su propio movimiento- ¡qué seguridad extraordinaria tendríamos en nuestra trayectoria vital!

Nada hay más importante en la vida de un ser humano que el logro del control de sí mismo. La diferencia que podemos dar entre *individuo* y

*persona* es que por el primer término, cuando se refiere al hombre, entendemos una "unidad humana", mientras que persona es el individuo que "se posee a sí mismo". Por eso los romanos, aunque sabían que los esclavos eran individuos humanos, no los consideraban personas, sino cosas. Corrobora este sentido general el dato de que llamamos "una gran personalidad" a la mujer o al hombre que no sólo está en absoluto control de sí mismo, sino que irradia en su derredor el orden y la armonía, como si de su ser se comunicara a los demás la energía que lo habita.

Quizás se haya percatado el lector atento que insensiblemente ha pasado el énfasis de encontrarle una explicación a darle un sentido mundo. Pero el sentido que damos al mundo influye mucho en la explicación que demos de él.

Lo que por el momento se hace evidente es que cuando arribamos a la consideración del sujeto humano, las leyes necesarias -las de la razón- no lo explican todo. Lo que vale en estos casos es el simple "porque sí" de la vida, del amor, del arte, de la fe. No es cosa de todos, pero hay unos seres humanos que alcanzan una aceleración interior, que son capaces de unos sueños sublimes, que entienden "desde adentro" los procesos de la vida y de la historia, que son capaces de encontrar finalidad en el Universo (cosa que es absolutamente tabú para la ciencia). Para ellos, equivocarse es imposible, porque decidir es llegar a la propia verdad: es hacer realidad el mundo en que creen. Son los que tienen la concepción del mundo que llamo giroscópica. Pero hay que recordar que todo giroscopio necesita un pie. Hay que recordar también que el haber logrado un movimiento y una dirección autónomos no hacen falsa la existencia de otros movimientos y otras direcciones en el mundo en donde uno desarrolla los propios. Los que se guían solamente por su movimiento interior los llamamos esquizofrénicos, y en el caso más agudo, seres autistas. Los hombres y mujeres que sólo pueden acudir a la razón en su visión del mundo, los llamaría yo seres simples, aunque sean físicos atómicos o neurofisiólogos, porque no pueden pasar de la pregunta acerca del **porqué**. Los seres bienaventurados que han desarrollado tanto una concepción atlántica que explique el mundo, como una concepción giroscópica que complete el entendimiento de su

mundo interior con el planteamiento de los para qué, son los ejemplares privilegiados de la raza humana.

## Las tres visiones del mundo comparadas

En los párrafos anteriores me he referido a visiones del mundo a las que, por darles un nombre pintoresco, he llamado las concepciones *atlántica*, *astronáutica*, y *giroscópica* del mundo.

Recordemos rápidamente las concepciones anteriormente descritas. El titán Atlante -de quien derivó la imagen de la concepción atlántica- sostenía el Globo terráqueo en sus hombros, pero ¿en dónde apoyaba sus pies si no en la misma Tierra? Esto es símbolo de la Razón, que no tiene otro apoyo que la validez de la Razón. Por su parte, el astronauta -a quien comparo con la segunda concepción- flota ingrávido dentro de su nave espacial, ligado por algún cordón a la misma nave, para no moverse demasiado sin sentido. Este cordón es símbolo de la sensatez o sentido común, que nos impide dar bandazos en la vida, pero que no tiene explicación lógica. La tercera concepción recuerda que para ver el mundo, no basta que haya un mundo, es necesario además que haya un ojo. ("Beauty is in the eye of the beholder" asegura el dicho inglés). No basta el punto de vista objetivo, es preciso tener en cuenta también el subjetivo. Tanto la Razón como la sensatez tienen un valor evidente, pero tienen sus insuficiencias. La Razón puede difícilmente salvarse de lo que se llama la "petición de principio" o sea, probar una cosa basándose en lo mismo que habría que probar. O más exactamente, el razonamiento exige una especie de "regreso en infinito". El que quiera representarse qué es el regreso en infinito, que asome su cara entre dos espejos colocados en paredes opuestas. Dados un pequeño ángulo y unos espejos suficientemente largos, cada reflejo generará otro reflejo en el espejo opuesto hasta que nos aburrimos de contar. Así pasa también con la Razón: nos convence por cansancio, o cuando la premisa en que se apoya nuestra última afirmación ya no es desafiada por ninguno de los que discuten. En cuanto a la sensatez, su virtud consiste en imponerse sin apelar a argumentos: "es así, punto; todo el que no esté loco lo sabe".

La debilidad de las dos posiciones es la misma: en cada caso el sujeto busca fuera de sí mismo la justificación de lo que piensa. Esto no es impropio,

pero lo aboca el siguiente dilema: o bien cada justificación exige una nueva justificación, o bien se renuncia a la justificación y se apela a algo arbitrario que termine la búsqueda de un fundamento. No sucede así con la actitud que he llamado *giroscópica*. El sujeto encuentra su justificación dentro de sí mismo. Esto, a decir verdad, no tiene solamente lados buenos.

El caso típico de lo que llamo la concepción giroscópica del mundo es el de la fe: tanto la fe humana como la divina. Lo característico de la fe, en palabras del filósofo francés, R. Garaudy, es que "el mundo en que creemos es verdad después, no antes, de nuestro acto de fe". Por ejemplo, los hombres somos hermanos, no porque descendamos todos de un improbable Adán, sino cuando decidimos ser hermanos. Jesús de Nazareth dijo que es prójimo el que se porta como prójimo.

En cuanto a la fe humana, otro filósofo: José Ortega y Gasset, le dio un nombre espléndido y la hizo el centro de su modo de pensar. La llamó la **Razón vital**. Pudiéramos reducir una explicación larga a esta fórmula: la vida tiene su razón de ser en sí misma. Alguna vez lo formulé con estas palabras: **Si la lógica te separa de la vida, dale una patada a la lógica y quédate con la vida**. Es una fórmula peligrosa, porque su validez depende de lo que entendamos por vida. Hay gente que por vida entiende sus deseos más oscuros. La fórmula no está hecha para ellos. Pero el verdadero sentido de la fórmula es el de convencernos de que el razonamiento, por más intelectual, sólido o filosófico que sea, no puede ser el último fundamento de la vida. Hay un tipo de entendimiento que no está atado a las leyes de la lógica. Este tipo de entendimiento está ligado a lo que llamamos intuición. O quizás a algún tipo de movimiento volitivo preconsciente, si se admite esta aparente contradicción de los términos.

Dicen que las mujeres tienen naturalmente una buena intuición. Yo creo que muchas veces es verdad. Consideremos, por ejemplo, el caso de la guerra. Los hombres han encontrado siempre razones irrefragables e incontrovertibles que los impelen a declarar una guerra. Las mujeres no tienen argumentos con qué refutarlas, pero saben que esas guerras no se deben dar. Ejemplar es el diálogo homérico entre Héctor y Andrómaca. Esta última

suplica a su marido que considere las necesidades de ella y del hijo común. La lógica heroica de Héctor le hace inaplazable entrar en combate con Aquiles. El sabe que Aquiles ha de matarlo, pero los presupuestos sobre los que está basada su cultura le indican la necesidad de entrar en combate. Héctor expone estos argumentos a Andrómaca. Andrómaca, inmersa en la misma cultura, es incapaz de descubrir el fallo en el razonamiento de su marido. El fallo está en que la premisa de la cual parte su "lógica heroica" -un héroe busca siempre por sobre todas las cosas lo que haya de darle gloria- no es una premisa necesaria fuera de su cultura. Andrómaca no logra darse cuenta de esto, porque su lógica es la misma que la de su marido. Pero ella sabe por un conocimiento alterno que él no debe ir a la guerra. Porque la guía la Razón Vital. Nosotros, desde afuera, vemos lo que esta pareja no veía. Pero cuando se trata de problemas dentro de nuestra cultura, como no cuestionamos la validez de nuestras premisas, que nos parecen universales, nos volvemos ciegos. Entonces, sea que discutamos con nuestro cónyuge, sea que dentro de nosotros debatamos una cuestión, con frecuencia la lógica nos

juega una mala pasada, mientras la vida sabiamente nos aconseja otra cosa. A veces, las razones para suicidarse no faltan; sólo la fe en la vida puede salvar frente a la implacable razón.

Llego a la conclusión de que hay que relativizar la concepción atlántica, a la que nuestra época científicista y a veces inclinada al racionalismo quisiera darle la categoría de única concepción digna del Hombre. Claro que es una gran concepción, muy útil, indispensable para crear el mundo moderno. Pero ni siquiera ella se sostiene sola frente a las últimas preguntas. La Razón no es más que un instrumento útil, que hay que utilizar en los casos en que el problema a resolver lo permite, y hay que dejar de lado cuando el problema es de una naturaleza impermeable a su fuerza.

En cuanto a la concepción astronómica, está lejos de ser despreciable. Sólo hay que postular el *caveat* de que no se la puede dejar que anule la concepción giroscópica. Después de todo, la nave espacial en que viajan los astronautas, y de la que se sujeta la cuerda símbolo de la sensatez, corre probablemente a su órbita final dirigida por un giroscopio.

**José R. Villalón**  
**UPR - Ponce**